

Jugar con los tiempos y otros poemas

Sierra Castro

*Se retorna al recuerdo cual las olas,
una vez y otra vez, con lento paso.
Duele el amor, duele la certidumbre
de saberse de amor y odio poblados.*
LEOPOLDO DE LUIS

Jugar con los tiempos

Jugar con los tiempos.
Eso hubiera querido en medio de las noches
linternas del insomnio.
Pero nunca me dejaste conjugarlos.
No había cielo en el cielo y en la tierra
se ensanchaba el pretérito, el tiempo inacabado.
No cabía el futuro por más simple que fuera.
Pudo más el exilio de esa imagen de mí.

En las tardes de lilas y licor,
a medida que el hielo se deshace en el vaso,
ni la tarde, ni el hielo, regresarán jamás
a su estado de origen.
Exactamente igual que mi alma exiliada:
otra en ningún lugar, extraña en su destierro,
donde el sol se hace briznas mientras mi dedo índice
va rodeando el vaso.

Queda poco del día.

Y a veces, sin embargo, se derrama el deseo
que conjuga insolente cualquier tiempo pasado.
Ahí
me sobran los tiempos
y las voces: aquella voz pasiva
que no acertó jamás a regresar,
que supo exterminar tiempos
y modos, personas
y plurales.

(I)
Es verano.

Algunas tardes dilatan el recuerdo.

En las enredaderas
va traicionando sorda esa duda incisiva
que ahorca la belleza del poniente.

No hay lugar en el mundo
donde no baile el agua bajo la brisa atenta,
donde no evite el agua
la verdina entre las rocas muertas.

La memoria regresa en el silencio.
Enciende soledades que confunden
y te asaltan Salicio y Nemoroso:
Si hubiéramos cortado tiernas flores...
¿A qué llorar por lo que nunca fue?

Con las nubes
el cielo te niega perspectiva.
Ahora es cuando el viento se hace necesario.
Viene a arrastrar la duda que asesina la tarde
y, al tiempo, a darle espacio a la lágrima muda.
Tú asientes. Y caminas.

El llanto también muere. Lo pisotea otro llanto
más febril, más inútil...

Mientras
llega el otoño.

(II)

En la tarde el poniente abraza siempre el mismo sol.
Y siempre es distinto. Ocurre igual con el amor.
En esencia es el mismo y es distinto.
Y también como el sol
se hace pequeño algunas tardes.
Y repite los ciclos
y se cansa.

En respuesta al silencio

Y sí.
Escuché el crujido de tu llanto en silencio.
Y también te miré cuando me despedía.

Llené con mis palabras el momento
y aligeré el abismo del después.
Quería parar el tiempo.
Que ni un segundo más diera cabida
a que la luz y el viento nos leyeran.

Y sí.
Presté atención y con las nubes
y el pelo en la mejilla
adivinaba el centro del muchacho
que había regresado veinte años atrás.
Ya no cabía espacio al arrepentimiento.
Nunca fuimos inmunes al nosotros.
Pero las leyes que rigen el destino
no quisieron entonces que nacióramos juntos.

Será que a veces el azar no es ciego.